

riguros, sin seguirlos los costos; el primero es, que vuestro ejemplo es el tesoro más rico con que para todos cuenta esta santa Iglesia de León, el que esperamos sea como siempre el Pontífice en la ordenación del Presbítero; con ella vuestro alabanzamiento, Beatitud, y la segunda es nuestro cariño amor con que os amamos en Nuestro Señor. Leonorato, Príncipe de los Pastores y Obispo de nuestras Almas, y en cuyo santo nombre os damos nuestra pastoral bendición; que la pedimos continúe desde el solio de gloria que ocupa la historia de su Patria, en donde vive y reina con el Espíritu Santo.

Dada en nuestro palacio episcopal de León, a los veintidós días del mes de Mayo del año del Señor de mil ochocientos sesenta y cuatro.

Yo, José María de Jesús,  
Obispo de León.



TERCERA CARTA PASTORAL

TERCERA

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESI DE LEÓN

Yo, José María de Jesús, Obispo de León, en virtud de la autoridad que me confiere el Señor, y en su nombre, doy la bienvenida a los venerables señores Pastores y a los fieles de esta Diócesis.

TERCERA CARTA PASTORAL

DIRIGIDA

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESI DE LEÓN.

En el nombre del Señor, yo, José María de Jesús, Obispo de León, doy la bienvenida a los venerables señores Pastores y a los fieles de esta Diócesis. En virtud de la autoridad que me confiere el Señor, y en su nombre, doy la bienvenida a los venerables señores Pastores y a los fieles de esta Diócesis.

tica; es, lo diremos de una vez con este incomparable santo, *la ciencia arquitectónica de la sociedad humana*. Pero desnaturalizada por la falsía más detestable, ¡oh Dios, y qué monstruo anómalo es la política! ella es entonces el arte del embuste, de las arterías y del engaño; es aquella falsa ciencia que describe San Gregorio en sus Comentarios sobre Job: “La sabiduría, dice, de este mundo consiste en encubrir el corazón con maquinaciones, en ocultar el verdadero sentido de las palabras, en dar el colorido de falso á lo verdadero, y de verdadero á lo falso;” “en fin, concluye el santo, esta es aquella duplicidad de ánimo tan reprobada en los libros sapienciales, la cual con un nombre paliado se encubre, llamando política á la perversidad más refinada.”

Fijado ya el verdadero significado de la palabra *política*, y tomada ésta en su sentido más noble siempre que se la denomina simplemente, y no con algún epíteto que la desvíe de su principal objeto, según prescribe el axioma filosófico que dice: “*analogum per se sumptum, semper sumitur pro principaliori analogato,*” entremos ya á dilucidar la cuestión propuesta, á saber: ¿cuál es la parte que cabe al sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo en la política? ¿Debe ser del todo ajeno, ha de estar enteramente eliminado de esta nobilísima ciencia arquitectónica de la sociedad humana? Pero sentemos ante todo los principios incontrovertibles que ocupan en el caso el lugar de los axiomas.

Busquemos estos principios en el hombre más grande que ha escrito *ex profeso* del asunto, en Santo Tomás, que es sin disputa el Maestro. ¿Qué dice, pues, este insigne escritor?

¿De dónde hace emanar aquella ciencia tan noble y trascendental? ¿Será, por ventura, de las combinaciones de talentos privilegiados, de la astucia de aquella prudencia que San Pablo llama prudencia de la carne; ó bien de las sentencias aforísticas de los legisladores humanos, que amaestrados en la escuela de la experiencia y quizá de la adversidad, consignaron en ellas el resultado final de sus profundas averiguaciones? Nada de esto. La moral más pura y en su aplicación más elevada, es el origen fontal de la verdadera política: en ella es en quien tiene sus más importantes y trascendentales aplicaciones: ahí está la escala de mayores dimensiones á que debe adaptarse la ciencia política; es, en fin, la misma ciencia moral en su última y suprema aplicación.

¿Ni cómo pudiera ser de otra manera, cuando el código promulgado en el Sinaí por el mismo Señor y Supremo Autor de la sociedad humana, es sin duda el código único de la legislación universal? Con razón el insigne Bossuet hizo derivar la sana política del libro por antonomasia, de ese libro divino, de esa carta fundamental de toda sociedad entre hombres, de la Santa Escritura en su inmortal obra que lleva este título. Y sin controversia, Moisés así como fué el primer legislador de la antigüedad, fué también el primer político; y su Pentateuco, que encabeza todos los libros del mundo, es igualmente el encabezado del gran libro de la más sana, verdadera y profunda política.

Ni es este el único principio fundamental que asienta en el asunto el angélico Doctor; hay otros de no menor impor-

---

---

## TERCERA CARTA PASTORAL

DIRIGIDA

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE LA DIÓCESI DE LEÓN.

NÓS, EL DR. Y MAESTRO D. JOSÉ MARÍA DE JESÚS DIEZ DE SOLLANO  
Y DÁVALOS, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE  
APOSTÓLICA, OBISPO DE LEÓN, CABALLERO DE LA  
IMPERIAL ORDEN DE NUESTRA SEÑORA SANTA  
MARÍA DE GUADALUPE, ETC.,

Á NUESTROS MUY AMADOS EN EL SEÑOR JESÚS, EL V. CLERO Y FIELES  
DE LA SAGRADA MITRA DE LEÓN.  
SALUD Y PAZ EN EL MISMO SEÑOR JESÚS, AUTOR DE LA PAZ.

*Muy amados hermanos é hijos nuestros:*

**U**N acontecimiento del todo providencial, que va, como fundadamente esperamos en el Señor, á poner término á los gravísimos males con que la paternal justicia del Señor Nuestro Dios ha castigado misericordiosamente nuestros pecados; y que va á abrir una nueva era toda de paz y de bendición para nuestra cara patria, nos obliga á dirigiros aunque sea una palabra de salud y de vida.

Este acontecimiento, verdaderamente grande, que hace latir de gozo los corazones de los católicos mexicanos, y aso-

mar una lágrima de ternura en sus ojos, que tantas han vertido por los infortunios de la Iglesia y de la patria, es el advenimiento del tan suspirado Príncipe, el Sr. D. Fernando Maximiliano, antes de Austria, hoy de México, que dejando muy atrás la expectativa de los buenos patriotas mexicanos, aventajando á sus esperanzas, renunciando á las propias, arrollando obstáculos mil y superándose á sí mismo, acaba de entrar en la Capital del Imperio y de ocupar el trono de México, en medio de aclamaciones tan vivas y quizá mayores que las del antiguo pueblo escogido cuando saludaba por la primera vez á su rey, diciendo: *vivat Rex.*

Este acontecimiento tiene, á la verdad, antecedentes de tanta magnitud, y le acompañan y revisten circunstancias tales, que no puede menos el observador profundo de entrever por ellas un orden providencial, pero todo de misericordia para México, y de exclamar con entusiasmo religioso: ¡aquí está el dedo de Dios: *Digitus Dei est híc!* Sí, aquí está el dedo de aquel Dios, que hizo en otro tiempo y hace hoy brotar la luz de en medio de las tinieblas; aquí está el dedo de Dios, que sabe hacer que del extremo del mal salga el bien, y un bien de incomparable cuantía; de suerte que á su vista exclamemos: ¡Oh feliz culpa, que dió ocasión á tamaños bienes! como son los que esperamos de esa mística bendición que el inmortal Pío IX, en nombre del Cordero Dominador de la tierra, dejó caer sobre las cabezas de nuestros Augustos Soberanos, para que con ella trajeran á México la paz y la justicia, origen fontal de todo bienestar.

¿Cuál es, pues, la parte que le cabe al Episcopado y al

clero católico en suceso de tanta magnitud, para la Iglesia y para el Estado, para México y para el mundo, para el catolicismo y para la verdadera civilización? ¿Será, por ventura, la de un simple espectador? De ninguna manera. Ya el Episcopado mexicano, reunido en gran parte en la Capital del nuevo Imperio, abrió sus labios y comenzó su tarea, anunciando paz á los hombres de buena voluntad. Á Nós cumple no guardar silencio en tan solemne ocasión, sino hablaros la verdad sencilla, á vosotros hermanos carísimos, para que vosotros la llevéis á vuestros pueblos y con ellos trabajéis en la parte que la Divina Providencia os tiene encomendada para el bienestar y felicidad que nos prepara en su misericordia.

No es nuestro ánimo escribir ahora un tratado sobre el lugar que debe ocupar el V. Clero en la sociedad, ni sobre aquel duplicado honor que dice el Apóstol corresponde á los sacerdotes que dan el lleno á las altas funciones de su augusto ministerio: esto pediría otro tiempo, otro reposo y otros muy superiores conocimientos á los nuestros. Mas sí entendemos que es llegada la vez de esclarecer cuanto nos sea dable la siguiente pregunta, pues que de ella depende la fijación exacta de los trascendentales deberes y de las nobilísimas relaciones del sacerdocio católico con la sociedad política. La cuestión es esta: ¿qué influencia corresponde ejercer al sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo en las sociedades civiles, según la naturaleza de su divina institución? ¿Cuáles son sus sacros deberes? ¿Cuáles sus relaciones?

Los protestantes, y más todavía los pseudo-filósofos, deis-

tas y socialistas, y los furibundos demagogos, que á toda costa quisieran eliminar el principio católico de los elementos sociales, y que por lo mismo tienen á gran favor y sumanidad el tolerar por vía de disimulo la existencia del sacerdocio católico en medio de la sociedad, no es extraño que proclamen que el sacerdocio debe segregarse totalmente de la política; y para encubrir con capa de honor la perversidad de sus miras, siempre impías, añaden hipócritamente que así conviene á la santidad de su ministerio, y que así también lo exige la consagración total á sus altas funciones. Y una vez encubiertos con esta máscara á fin de seducir á los incautos, siguen aplicando su máxima, para arrancar de las manos del clero la educación de la juventud, alejarlo de la influencia social y doméstica, segregarlo de los negocios á título de profanos, pasar luego á descargarlo del cuidado de los bienes temporales despojándolo de todos, y por fin cubierto de harapos, hundido en la miseria, rotas todas sus relaciones sociales, relegarlo al fondo de un obscuro santuario tan empobrecido y vilipendiado previamente como el mismo sacerdocio, para que allí muera para la sociedad, si dable fuera que muriese, el sacerdocio eterno. Esto no es extraño; lo que sí es extraño y muy lamentable, es, que estas tan funestas teorías y fatales principios, más de una vez hayan tenido cabida en corazones bien formados y en inteligencias no vulgares. Para tratar, pues, con la claridad debida asunto tan vital y tan *del día*, sea la lógica nuestro conductor: ponga élla orden á nuestros raciocinios que, despojados del ropaje de la elocuencia, presenten la verdad, que

aunque desnuda, siempre se enseñorea del entendimiento, siempre arrebató el corazón, siempre fecundiza la imaginación, y siempre obtiene el más completo triunfo.

Siguiendo, pues, el orden estrictamente lógico, quitemos primero toda equivocación de palabras, asentemos luego los principios incontrovertibles que tienen en el caso el lugar de axiomas, y que derraman desde luego la luz más clara sobre el punto en cuestión: saquemos después las consecuencias, y finalmente descendamos á las aplicaciones á que ellas dieran lugar. De esta suerte la verdad quedará en claro, nosotros comprenderemos bien nuestra posición, y los pueblos acudirán á nuestro magisterio en la parte que lo debemos ejercer.

En primer lugar, para evitar toda equivocación, es menester fijar con precisión y claridad el sentido de las voces: las hay tales, que en su genuina significación importan conceptos fijos y entrañan ideas nobles y grandes; mientras desnaturalizadas con aplicaciones bastardas, se han hecho vagas en la significación y ruines, dijimos mal, inicuas en la aplicación. Tal es la palabra *política*: ella, explicada por el insigne Santo Tomás en sus Comentarios á los políticos de Aristóteles, entraña las ideas más nobles y grandiosas, y los conceptos significados por ella son bien fijos; de suerte que bien sea por su definición etimológica que viene del griego, bien sea por su definición esencial y lógica que se llama de *cosa*, todo cuanto en esta palabra se encierra es importante, es noble, es digno: hay en ella encerrada toda una ciencia entera, y ciencia por cierto vastísima, trascendental y prác-